

SELECCIÓN POÉTICA

*Anoche, los obreros del silencio
ya hicieron el verano.
Sin cesar cortan sueños y voces
mojando la estructura del recuerdo
cuando convocan el rocío.
Si pensamos en su obstinado trabajo,
en su obra demolidora de silencios,
nuestro fin,
ahora, sería sus cantos.*

ANA ROSA NÚÑEZ
[“Los grillos”, *Sol de un solo día*]

ANA ROSA NUÑEZ

**LAS SIETE
LUNAS
DE ENERO**

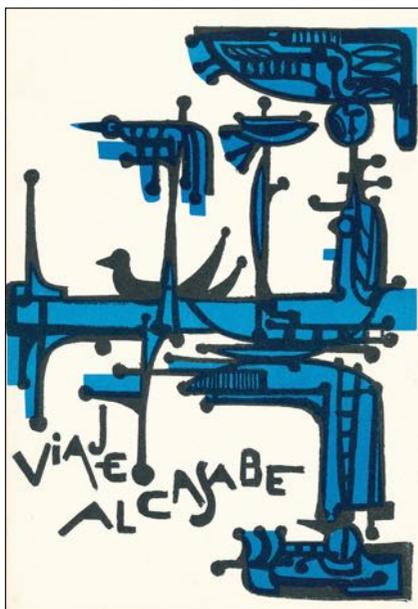


CUADERNOS DEL HOMBRE LIBRE

ANA ROSA NUÑEZ

**UN DIA EN EL
VERSO 59**

ATABEX
LA HABANA
1959



**ESCAMAS
DEL CARIBE**



ANA ROSA NUÑEZ

Los nuevos minotauros

[de *Las siete lunas de enero*, 1967]

Se les perdió la sombra
entre los mangles.
Tienen la mirada
por donde el sol sale.
Todos llevan la luz de la garza
y el silencio de los cráteres.
En el naufragio de sangre
no importa la luz que deja la tarde
cuando el trabajo se acaba.
No importa el temblor de la voz
cuando el amanecer
a su hora
uno a uno
los nombra.
Andan repartidos entre lunas
fabulosas,
lunas aplaudidas con go-go
lunas rusas,
lunas americanas,
lunas que huyen las pedradas,
lunas que los perros no alcanzan,
lunas que pronto sangran.
Andan entre horas
de bronce y cera.
Repartidos entre libros
decididos

dietas para Venus,
dietas para Dionisios.
Como el pez ajeno a la escama
llevan el hoy sin mañana,
mientras Ifigenia se ahoga en la
esperanza.
Y Neptuno se guarda el tridente
porque ama la paz.
La paz del huracán,
la paz del frío,
la paz del paredón,
la paz del muro,
la paz del hambre,
la paz de la espina,
la paz de la lágrima.
la paz del naufrago,
la paz de la integración,
la paz de los sin paz.
Cerca de la costa
lo que escuchan como vivos
es ya diálogo de muertos.
No les asombra el hambre,
y nada les dice el hombre.
Veré que la obsidiana no me abrace
en tal cercano horizonte.

Máscara adentro

[de *Viaje al casabe*, 1970]

A Juan Manuel Salvat

Y cuando lloramos, no sabemos
a quién levantamos monumentos,
a qué día, a que sombra,
a qué sol pudoroso,
a que tarde de lluvia. Si hay que fugarse de lo serio

qué resulta estar, aquí en la vida,
en la presencia de tantas vagabundas criaturas,
sin poder estar allá
donde resulta la noche el día que se perdió.
Si hay que saltar la raíz
y mantener el pétalo en todas las estaciones.
(El mundo mudo e insepulto de las cosas afectivas
es menos que el agua en la niebla)
Y cuando reímos, no sabemos
a quién rescatamos de las ruinas,
a qué pájaro devolvemos el ala,
a qué fruto, raíz
a qué arena la sed del náufrago,
a qué noche la estrella quemada,
a quién el grano de mostaza
para hacer posible la FE.
Si hay que estar en lo serio sin romper el destino
del hombre en el polvo eres y serás.
Si hay que dejar que el agua tenga nombre
por el río, la fuente o el puente
o por el ahogado que la policía identificó
cuando ya era más escama que hombre.
Si alguien te pregunta el nombre de este ejercicio
de vida:
Dale la luz por respuesta.

Frente al mar

[de *Escamas del Caribe*, 1971]

Como alba trajinada regresa la ola:
paloma sin fecha exacta
de tiempo alzada.

En la Antigua Casa del Mar; tú,
vara del Alcalde que vas diciendo Habana
con la voz más clara.

Dando de comer a las aves; faro,
eres el día para decir adiós
y la noche para encontrarte.

El mar fue senda y es milagro;
la tierra está hecha de nuestro asco indomable.

La espuma recoge el efímero placer;
la ola, el incesante tormento
de la vida.

No hay fin.
El mar nos devuelve en espuma
la jornada del delfín.

Dijo el pez de la concha;
el mar cansado de su danza
deja sobre la arena sus castañuelas.

Caracol: marino vitafón.
¡Préstame tu voz!

En el seno de la ostra
la perla es una luna
en el pliego de un recuerdo.

Triunfa el color del ártico
en los mares del trópico:
Bandada de gaviotas.

Tu homenaje, mar;
tu vena más importante
para la anémona.

En el humo del barco
se alza la verdad del fuego.
¡Oh imagen perfecta del Leteo!

El pez –verbo del Evangelio–
lleva en la escama
su reino.

La paloma –como la ola–
tras tanto ir y volver
es otra.

Desde la tumba de las gaviotas,
inspiran su ruta las olas.

Faro del Morro; Polifemo tropical
tú eres la cruz bendiciendo el horizonte.
¡devuélvenos la señal!

Las garzas de mis playas en su vuelo
se llevan la ciudad.
¡Dejad las piedras en su lugar!

Sobre la Aurora
cae el polvo de las mariposas.
¡Quién pudiera inventarle alas a la costa!

Leyenda de la mujer

[de *Sol de un solo día*, 1973]

La mujer conoce el destino del agua
en el destino de la piedra que se ahoga
y cuando en el agua suda y cumple su doctrina
se sabe madre de los círculos
que el agua engendra en su agonía.
Nace un hijo desde su sangre de orilla en calma,
la mujer que responde a la dulce blandura del lago
será fecunda en la montaña, y en los valles,
si al hombre acepta el agua que en su sangre injerta.
En defensa de su amor abejas y flores,
le tenderán cunas y hamacas de sueños, de juegos,

barcos en la lluvia, raíces en las sábanas.
Así la mujer fue agua pura y siempre es agua en fiesta
que espera cumplirse en la niebla,
como redención de la tierra.
La llama el caracol y el rocío,
y grávida es la esencia de una escama,
símbolo, forma, espejo de madre.
Creación y victoria: polos de la eternidad, o bando
de eterna soledad, saberse espiral y círculo,
en la geometría del agua,
en el ritmo de la estrella que refleja avenidas.
No hay aire ni agua ni huracán de sangre fiel
que apague su llama, en sus canales se ahoga el Hombre.
Fiel, honda, breve, llamada al destino de la roca y la piedra.
Constante, encadenada, libre, inmolada, descubierta,
como los círculos que dejan al agua herida.
La mujer que vive en el hombre la geometría de su vida.

La misión del crisantemo

[de *Crisantemos*, *Chrysanthemums*, 1990]

Como recompensa a la patada,
aún habitando en la patada,
no es frágil ni muerto el crisantemo.
Hay una fiesta de vida en su misión.
La medida del abismo está en sus pétalos,
en el cráter blanco, en el poder blanco
de su fuerza, como está el poder
en el ojo del pez muerto, poderoso,
intacto en la soledad de una estrella.
En el sitio o la sábana dejada por un héroe
hace su luz, su milagro de dolor,
el crisantemo.
Crisantemos en la nieve, en la tarde
de la paloma herida.
Crisantemos hay en el barómetro,
en el azogue de nuestras estaciones fijas.

En el verano de la partida,
en el otoño de la sombra,
en la primavera de la llaga.
Crisantemos en las calles soleadas en soledad,
en la soledad soleada de las avenidas,
en el farol de una transitada esquina donde hubo,
de noche una luz y de día una sombra.
Crisantemos en las notas del réquiem
libando el crisantemo y el humo del
mismo pebetero, del mismo incienso,
de la misma esencia de la muerte cuando
nace y crece la patada en la recompensa.
En el amor vagabundo feliz,
el crisantemo.
Hermano del llanto como la
la primera voz, de la hormiga en la patada.
Crisantemos que honran su color,
traídos a premios de la bestialidad.
Ahora cojidos de las manos,
el crisantemo y el murciélago,
en la casa de las tinieblas,
hecho para la casa de la Felicidad,
habitada ahora de asco y traición.
No es un extraño florecer en la patada
cuando se es llamado a florecer
en la cuadra que es cueva de ojos sin párpados.
Hay aquí un Crisantemo de Vicente Huidobro,
una recompensa a la creación,
una autocrítica creacionista,
quieran o no los otros jardineros.
Ahí, ahí, *FUERA DE JUEGO*.



Ana Rosa Núñez junto a Eugenio Florit en una ceremonia de homenaje a este último